

La transmisión de la vida psíquica

Elina Wechsler

AL HIJO

*No soy yo quien te engendra. Son los muertos.
Son mi padre, su padre y sus mayores;
Son los que un largo dédalo de amores
Trazaron desde Adán y los desiertos
De Caín y de Abel, en una aurora
Tan antigua que ya es mitología
Y llegan, a sangre y médula, hasta este día
Del porvenir, en que te engendro ahora
Siento su multitud. Somos nosotros
Y entre nosotros, tú y los venideros
Hijos que has de engendrar. Los postrimeros
Y los del rojo Adán. Soy esos otros,
También. La eternidad está en las cosas
Del tiempo. Que son formas presurosas.*

Jorge Luis Borges

Saber que transmitimos es transformar la transmisión inconsciente en consciente. Saber que tenemos deudas, que no hay posibilidad alguna de una creación solitaria, que somos parte de una cadena y que no hay manera de escapar de ella porque si lo intentáramos, sólo haríamos gala de un narcisismo tenaz.

Saber que nunca estamos solos, aún cuando lo creamos, porque aún desde antes del primer grito nos marcan las palabras de las generaciones pasadas. Porque nuestras palabras también se inscribirán en el inconsciente de nuestros sucesores.

Esto nos enseña Freud a través de sus casos clínicos. Cómo detrás,

mucho detrás del pequeño Hans dirigiendo ya de mayor una ópera, está su padre escuchando música en el salón. Cómo detrás del Hombre de las ratas obsesionado por una deuda nimia está, su padre dilapidando su fortuna. Cómo detrás de Dora, preguntándose qué es ser una mujer, está su madre sólo obsesionada por la limpieza.

Y aún, las generaciones pasadas pugnando por hacerse oír, produciendo a veces ese niño psicótico del que sólo pueden dar cuenta, en palabras de Lacan, tres generaciones. El pasado sobrevive.

La cuestión de la herencia inconsciente interesó a Freud a lo largo de toda su obra.

Tótem y tabú inaugura la hipótesis de la transmisión del inconsciente entre generaciones.

La “ficción” freudiana de la creación del tótem –representante del padre– y la pervivencia del tabú fue su modo de instaurar la hipótesis de la transmisión de la prohibición y su defecto que se hace carne en los síntomas, especialmente en los del neurótico obsesivo.

¿De qué deseo y de qué prohibición se trata? De la hipótesis freudiana central, la prohibición del incesto y su correlato, el parricidio, que posibilitaría el primero.

¿Cómo se asegura la transmisión psíquica de ese contenido a las generaciones futuras, con qué medios? parece ser la pregunta por excelencia que atraviesa el texto.

El inconsciente heredado lleva ya la marca de la prohibición del incesto y del parricidio pero la transmisión consciente a través de la tradición no es suficiente para explicar su continuidad en la vida psíquica de las generaciones. ¿Cómo se asegura esta continuidad? Responde así (1913):

*“Esta continuidad está asegurada en parte por lo heredado de las disposiciones psíquicas que, para llegar a ser eficaces, necesitan sin embargo ser estimuladas por ciertos sucesos de la vida individual. Es así como deben ser interpretadas las palabras del poeta: lo que has heredado de tus padres, adquiérela para poseerlo.”*¹

¹ Freud, S. (1913): *Tótem y tabú*, Obras Completas, XIII, Buenos Aires: Amorrortu, 1992, p. 159.

La cita de Goethe que Freud hace propia propone que el *infans* llega a la vida con una predisposición que cada generación deberá actualizar.

Ya no se trata de una concepción de lo heredado pasivamente sino de qué hace cada uno con esa herencia; qué deseo subjetivo logra ir más allá, más lejos que el padre.

Los logros, los avances de la humanidad, reposan entonces sobre el peso de lo adquirido y la contingencia de lo nuevo. La concepción freudiana de la tradición no es, tal como su grandiosa obra lo muestra, una fatalidad. Requiere que el sujeto se apropie de ella y, a partir de ella, logre, en el mejor de los casos, inventar lo nuevo.

En *Tótem y Tabú* queda diferenciada la transmisión por identificación con los modelos parentales y la transmisión genérica, basada en las huellas inconscientes de la humanidad toda. Utiliza el concepto de filogénesis para pautar el lugar de determinación prehistórica, anterior a lo vivido. Lacan lo llamará más tarde registro simbólico para insistir en la precedencia de la organización significativa de la cultura en la estructuración del sujeto.

En las últimas páginas de *Moisés y la religión monoteísta* (1939) Freud insiste en esta concepción prehistórica:

*“La herencia arcaica del hombre no incluye sólo predisposiciones sino también contenidos, huellas anémicas referidas a lo vivido por generaciones anteriores.”*²

La emergencia de lo simbólico, basado en la palabra, crea el linaje resignificando y humanizando lo biológico. La herencia psíquica ya no será del orden de lo natural y dará lugar a la transmisión. No hay transmisión real. El real perdido, sólo presente en el mundo animal, se vestirá, en el sujeto parlante, de marcas, mitos, trozos de narraciones, silencios.

Cuando la enfermedad estalla, por el peso del desencadenante, lo

² Freud, S.(1939): *Moisés y la religión monoteísta*, Obras Completas, XXIII, Buenos Aires: Amorrortu, 1992, p. 96.

que se ha acallado y sale a la luz en el análisis es un no dicho que grita a través de la violencia del síntoma.

Ese discurso en la sombra fue transmitido y sólo el trabajo de desidentificación podrá lograr el desprendimiento de un drama del Otro que recayó como una pesada piedra sobre un miembro de la generación venidera.

La “constelación familiar”, tal como la plantea Lacan (1953) alrededor del Hombre de las ratas, requiere ser puesta a trabajar en cualquier análisis. Constelación acaecida incluso antes del nacimiento y, que, sin embargo, decidirá la neurosis siempre que el sujeto en cuestión haya construido su fantasma en relación a esas coordenadas.

La lógica de la transmisión se produce entonces, entre dos posiciones: lo transmitido y qué ha hecho fantasmáticamente el sujeto con esa transmisión.

En la constelación familiar circula una verdad, es tarea de analista y analizante hacer las conexiones, leerla, construirla, y nombrar el goce mórbido si éste ha recaído sobre el sujeto.

La transmisión no se puede eludir, no se puede eliminar, no se puede desgajar de qué hizo el hijo con esos significantes privilegiados. Sin embargo, se puede apalabrar en un análisis para incidir sobre ella.

El sujeto, conducido por el psicoanalista a desanudar lo neurótico, no escapará jamás a aquellos significantes privilegiados que le han otorgado un lugar en este mundo. Esa transmisión inconsciente que lejos de cortarse en algún lado, reeditará sus huellas sobre las nuevas generaciones. Se heredan lo dones pero también las faltas.

La apuesta psicoanalítica consiste, a mi entender, en resaltar los dones, muchas veces silenciados por la queja neurótica, e indagar en las huellas productoras del malestar.

Se logrará entonces que el sujeto se anude a partir de ellas de otro modo, de distinto modo al anudamiento que marcó la historia y lo condujo al análisis por el sufrimiento sintomático. Logrará entonces cambiar la posición más allá de la repetición, más allá de los significantes del Otro con los cuales no tuvo más remedio que identificarse para constituirse.

Apropiarse activamente de aquello en lo que estaba sujetado como

objeto. Tomar posesión de la herencia y lograr cierta separación respecto al pasado transmitido. Asumir la herencia y aún así no instalarse en la repetición comandada por la pulsión de muerte, he ahí la dinámica de la transmisión lograda.

La transmisión simbólica e imaginaria del Edipo

La lectura freudiana de Edipo como figura clave de nuestro destino es la piedra angular del psicoanálisis. Su eficacia reside en la prohibición de la satisfacción incestuosa, vincula inseparablemente deseo y ley y pone en evidencia la plena significación simbólica del Complejo.

La interdicción del objeto endogámico es la base de la transmisión simbólica. La función paterna consiste en asegurarla de generación en generación.

Pero al insistir sobre la universalidad del Edipo, el Psicoanálisis hace recaer el acento no sólo en la transmisión de la prohibición del incesto por efecto de la metáfora paterna sino también en las fantasías míticas de filiación, de engendramiento y aún de dicha y desdicha de las generaciones anteriores que abordamos como la vertiente imaginaria, fantasmática de la transmisión.

Hablamos entonces de un Edipo ampliado, que toca no sólo a la generación anterior, sino a los fantasmas transmitidos por los antecesores que afectan a la cadena.

La desgracia, la fatalidad, el daño que proviene de una falta está inscripto en el drama mítico de la genealogía de cada familia.

La construcción en el análisis, a posteriori, del trayecto de la historia marcada por el fantasma inconsciente situará a cada sujeto en la cadena familiar inconsciente. No se trata de la búsqueda de los hechos sino de cómo fueron contados o forcluidos, qué interpretación se hizo de ellos y qué efecto tuvo esa interpretación.

El análisis no tiende a la búsqueda de la exactitud del recuerdo sino a producir retroactivamente una construcción subjetiva de la memoria.

Separar el pasado del futuro, el tiempo histórico del destino acallando a la pulsión de muerte que se manifiesta como repetición será así uno de los ejes de todo análisis que no consiste en la búsqueda historicista del pasado y tampoco es pura conjetura. Se desplegará precisamente en el espacio entre lo uno y lo otro, producido entre analista y paciente en transferencia y creando una nueva posición subjetiva que permita la emergencia de lo inédito. Será entonces recreación y cambio de lo que se concebía como destino.

El psicoanálisis propone escuchar cada mito estructurante y extraer la cadena hablante de cada genealogía como forma de liberar de las maldiciones familiares y cortar la repetición en las futuras generaciones. Saber del Otro que nos habita sin saberlo. Rastrear el andamio del padecimiento de cada cual con sus significantes privilegiados y liberar del destino maldito que sólo da lugar a la repetición y al sacrificio.

Será entonces creación de otra versión del mito, de la leyenda familiar, a partir de la deconstrucción de lo narrado.

Una vez descubierta por Freud la pulsión de muerte, una de sus apuestas teóricas más fuertes, podemos decir que los sujetos no tienden a lo nuevo sino que buscan lo nuevo para repetir lo antiguo.

Siempre se transmite, lo queramos o no, a nuestros hijos, a nuestros nietos, a nuestros pacientes, como nos han transmitido, lo hayan querido o no, nuestros padres, nuestros abuelos, nuestros analistas. Estamos marcados y marcamos. Pero tenemos la alternativa de saber por un análisis cuáles fueron las marcas para reconocer sus huellas y desarmar así lo mórbido de la transmisión, si la hubo. En un análisis se juega lo que hay que desanudar entre las cartas que recibimos y con qué cartas queremos jugar.

La transmisión inconsciente edípica, tanto simbólica como imaginaria, porta un valor fundante desde los inicios de subjetivación. Recordemos las palabras de Freud (1913):

“Si los procesos psíquicos no se continuaran de una generación a la siguiente, si cada quien debiera adquirir de nuevo toda

*su postura frente a la vida, no existiría en este ámbito ningún progreso ni desarrollo alguno.”*³

Valentina, el efecto de una transmisión delirante

Valentina consulta cuando se entera que está embarazada por primera vez. Está decidida a abortar y sólo acude a mi consulta para apaciguar su angustia hasta el momento de la intervención, angustia siempre presente pero ahora exacerbada.

Con 32 años, está divorciada hace unos años y con una nueva pareja que no entiende su negativa a ser madre. Dice que su decisión se debe a que el mundo está superpoblado y me advierte que no está dispuesta a reverla. Le interesan más los animales - tiene varios perros y gatos - que los humanos. Le tiene miedo a la gente.

Aunque la invito a posponer la intervención, falta a la segunda entrevista y en la tercera me comunica que ya ha abortado. Se siente aliviada y dice que ya no es necesario que vuelva. Hoy, seis años después, el análisis continúa.

Con dificultad, empieza a hablar. Tiene dos hermanos mucho mayores, profesionales como ella. Sus padres se divorcian a sus 11 años lo que produjo una notable caída económica en sus vidas. Odia a sus padres, al padre porque los abandonó, a la madre por lo que llama “su forma de ser”.

Lo más oscuro e ininteligible de ese primer tiempo de análisis eran sus episodios de autolesión con agujas de tejer “para desangrarse y morir” que aparecían de manera más o menos sistemática, como un punto de forclusión, sin que mediara ningún desencadenante y, por supuesto, sin lograr su propósito.

Marcó un antes y un después del tratamiento y de la caída del síntoma el reconocimiento de que “la forma de ser” de su madre era, en realidad, una paranoia. De hecho, el padre se fue de casa un día en

³ Freud, S. (1913): *Totem y tabú*, Obras Completas, XIII, Buenos Aires: Amorrortu, 1992, p. 159.

que la madre lo persiguió con un cuchillo de cocina, episodio que ella sabía pero no reconocía en su magnitud. Pude conectar los episodios de las agujas con el hecho traumático de que la madre se pasaba a su cama desde pequeña para pedirle que mirara si tenía rastros de pinchazos porque decía que el marido la drogaba de esta forma. Ahora era ella misma quien se pinchaba.

La madre murió a sus 30 años, el padre poco después. No los lloró.

Como bien señala M. Enriquez (1986) la relación privilegiada con un progenitor delirante con su hijo del mismo sexo, al que llama “psicosis en herencia”, provoca una violencia silenciosa que no necesariamente producirá un delirio en el hijo sino una *culpabilidad sacrificial de tonalidad expiatoria* que se traducirá en la negativa a tener descendencia, en el rechazo de inscribir a otro en la genealogía. Señala en otro artículo (1988) la frecuente atracción hacia el psicoanálisis de los hijos de padres psicóticos muchas veces no reconocidos como tales.

¿Cómo hacerse cargo de esta singular herencia, cómo asumirla?

Ninguna realidad histórica alcanza por sí sola para dar cuenta de una patología, pero el encuentro precoz con la psicosis parental exige al niño un esfuerzo de interpretación que, a costa de no poder ser totalmente simbolizado, llevará a actuaciones compulsivas en la edad adulta.

En estos casos, lejos de transmitirse el mito familiar del neurótico, lejos de transmitirse marcas identificatorias que inscriben la genealogía, el encuentro con la psicosis parental instaura el fantasma de que el nacimiento engendra la locura y la destrucción. Se trata de un encuentro precoz con un delirio de destrucción que reaparecerá cuando el sujeto se vea confrontado en su realidad adulta con el proyecto de tener una descendencia.

De allí la tenaz negativa de Valentina a engendrar hijos. Ella, que fue objeto privilegiado de la proyección masiva de la madre ya que era la única hija mujer y que sus hermanos mayores estaban ya fuera de casa, cargó en solitario con el delirio materno.

Sabemos que la función del delirio es una tentativa de curación. La persecución viene del Otro. Su madre psicótica la había tomado como cómplice frente al perseguidor imaginario - el padre - convirtiéndola en su testigo, produciendo una curiosa identificación con la

pareja parental: en su compulsión habitual ella era tanto el “padre que pinchaba” como “la madre pinchada”.

La renegación de la psicosis materna era en este caso patente. El trabajo analítico permitió abordarla y remitió notablemente la “potencialidad psicótica” de Valentina (Auglanier, 1984) que se expresaba en la creencia de poder desangrarse con pinchazos inofensivos.

La desidentificación con el delirio de la madre, en su vertiente tanto activa como pasiva, promovió una atenuación de la angustia, del miedo a la gente, de la compulsión mórbida a la destrucción.

La simbolización de la locura materna, aunque muy dolorosa, se reveló en la cura como único horizonte posible para la toma de distancia y la creación de un proyecto propio.

Valentina empieza a pensar la posibilidad de tener un hijo. El análisis continúa.

La transmisión de la vida. El nacimiento de un hijo.

El Complejo de Edipo, en tanto prescribe las relaciones de deseo y de prohibición, reordena las representaciones de la diferencia de los sexos y de las generaciones en cada nuevo hijo.

Un nacimiento constituye una transmisión en acto más allá de lo biológico. Cuando un niño nace se sumerge en un mundo de lenguaje donde se entrecruzan las cadenas significantes de los sujetos hablantes que lo preceden y determinan. En *Introducción al narcisismo* Freud resalta los discursos de anticipación de la transmisión: el *infans*, escribe, es el depositario de los sueños no realizados de los padres.

Esta anticipación constituye la concepción propiamente psíquica, lo que el adulto haga de ella determinará su vida. Se trata de nuestra inscripción en el lenguaje que nos precede, en aquellos dichos privilegiados, impuestos por el Otro en el “Tú eres ese” y sus metáforas que hace del sujeto freudiano un saber inconsciente sin consciencia.

El hijo imaginado por los antecesores deberá caer para dar lugar a su subjetividad, muchas veces en lucha abierta, otras con la aparición de síntomas que marcan la dificultad de la diferenciación. Es tarea de toda una vida, o de un análisis, apropiarse del propio deseo.

Doble inscripción, por tanto, en los linajes y deseos materno y paterno. El niño nace necesariamente sujetado al campo del Otro. Y en deuda con el Otro.

Deuda por lo que de él recibió: la vida, el lenguaje, la filiación, la genealogía, el nombre, que sanciona el hecho de que la filiación no es un hecho biológico sino simbólico. El nombre propio divide, marca una determinación exterior que desborda cualquier acceso a una identidad sin fisuras.

Esta inscripción produce un don de pertenencia y de continuidad pero también una deuda inconsciente que de no ser suficientemente elaborada producirá un plus que se tratará de pagar sintomáticamente.

Si una mujer imaginariza el falo a través del hijo, no sorprenderá que en esa circunstancia se aleje del hombre, conflicto tan habitual entre ser mujer y ser madre. La madre queda dividida entre el hombre y el hijo.

Del lado masculino, el deseo por la nueva madre puede verse seriamente dañado - a veces transitoriamente, a veces para siempre - cuando en el inconsciente se acerquen demasiado la representación de la mujer madre y la madre edípica.

La psicopatología del puerperio no afecta por tanto sólo a las mujeres sino a la pareja. El desencuentro entre hombres y mujeres se deja notar con especial intensidad en esta época y conducirá muchas veces al deterioro o la aniquilación de la hasta allí pareja sin serios conflictos.

El conflicto aparece y estalla a menudo en relación a los abuelos. El nacimiento de un niño, sobre todo el primero de una pareja, reactiva el Edipo de cada uno de los padres, conmueve la homeostasis familiar y suele estar marcado por una época convulsa con la generación precedente.

La irrupción de la nueva generación impulsa a una reelaboración fantasmática, no siempre exenta de síntomas, que afecta a toda la familia.

Cuando un hombre quiere ser padre ese deseo proviene del niño edípico, de su posición de hijo, y esa posición da cuenta de la complejidad y la sintomatología de la función.

El sujeto es soporte de la transmisión en una posición bifásica: hijo de sus padres y padre de sus hijos, cuestión que reactiva la neurosis infantil y trae a nuestras consultas a padres y madres angustiados por su nueva función.

Del lado masculino, el fantasma inconsciente que solemos encontrar es el de tener un hijo para la propia madre, que colisiona, del lado femenino, con el fantasma de las mujeres gestantes: dedicar el hijo a su propio padre.

La niña edípica deseó un hijo del padre, y el marido reactivará, sin duda, todas las ambivalencias en relación a él.

La situación se complica en virtud del Edipo negativo: hombres que tienen un hijo para el padre y mujeres que lo dedican a la madre.

Que un hombre haga un niño para su madre y no para su mujer, que una mujer haga un niño para su madre o su padre y no para su marido pertenece al ámbito de lo inconsciente, aunque los signos sean a veces tan obvios y las batallas familiares tan intensas: con mis padres, con los míos, odio a tu madre, no soporto a tu padre. Conflictos en el centro de los cuales se ubican los niños.

Casos clínicos. Un hijo para el padre

La madre de Luis, paciente que consulta desbordado por su primera paternidad, había vivido siempre con sus padres. “*Mi madre y mi abuelo se adoran. Viven el uno para el otro. Es como si mi abuela y mi padre estuvieran de más*”, había dicho en la primera entrevista. Las dos familias vivieron siempre en la misma casa.

La identificación con el *tandem* narcisista madre- abuelo constituía un punto central de su imaginario. Así, el paciente aspiraba a ser amado por su sola presencia, según la transmisión que provenía de las dos generaciones precedentes y todo lo concerniente a la salida masculina y a la asunción de la paternidad aparecía dolorosamente dificultado.

Es de estas dificultades de las que se queja ya que, aunque no tiene problemas sexuales, hacer el amor con su mujer luego del nacimiento

de su hija le significa un gran esfuerzo. Quiere a su hija pero no puede conectarse con ella. Este “hijo” no podía ser padre.

Poco a poco, la figura eclipsada de su propio padre fue abriéndose paso en su discurso hasta aparecer “*un hombre primitivo, fuerte, impulsivo, al que le gustaba la buena vida, las mujeres y el alcohol*” que, en palabras de la madre “*no se ocupaba de nada, todo lo hacía el abuelo*”. Un padre que le inspiraba vergüenza, miedo, y profundos - y negados - deseos de obtener algo de él.

En el camino de una virilidad menos sintomática que el análisis fue posibilitando, la identificación alienante al *tandem* madre- abuelo fue cayendo en la medida en que el deseo materno y la escena primaria pudieron ir siendo simbolizadas.

Recordaba con precisión su irritación infantil frente a cualquier queja femenina de la madre, especialmente sobre el dinero y el dolor de muelas. Luis odiaba lo que llamaba debilidad femenina y le horrorizaba que su mujer expresara la más mínima queja, pues se sentía compelido a suturarla de inmediato. Si no era prioritario para su mujer, en pleno puerperio, se ofendía como un niño pequeño.

La hija = falo para su mujer lo había destituido del lugar del niño narcisista y llevado a mi consulta para desplegar esta pregunta en el espacio de la transferencia.

Contaba la leyenda que el taller de coches del padre se había quemado y que el abuelo materno había pagado el nuevo. Luis decía sentirse, como tantos neuróticos, un embustero, un verdadero fraude en su trabajo, un impostor.

Cuando accedimos al fantasma de que era el padre quien había contraído una deuda con el suegro que no había saldado –falsa deuda según se pudo verificar más tarde– y no él, pudimos recorrer de otra forma la novela familiar.

El sentimiento de ser un fraude pudo articularse, en su sobredeterminación, como el no estar a la altura, jamás, del Ideal forjado por la madre de su propio padre.

El sometimiento al abuelo materno, que persistía, remitía no sólo al deseo reprimido por la madre (Edipo) sino también a la certeza sobre el deseo de la madre, habiendo quedado éste prontamente suturada

apoyándose en la transmisión imaginaria. La madre tiene al abuelo y el abuelo a la madre, y gracias a este *tandem*, la insidiosa pregunta sobre la madre en falta, la madre deseante, la madre edípica, había quedado obturada.

Sólo pudimos empezar a recorrer sus efectos a partir de su caída.

La madre tiene al abuelo y el abuelo a la madre, y ambos lo tienen a él, el niño maravilloso, niño que el abuelo no tuvo y que la madre donó a su amado progenitor con estas palabras el día de su nacimiento: “*Aquí lo tienes*”. Al ser el preferido del abuelo era, en su fantasía, el sucesor para la madre, de quien se transformó en el hombre modelo por su sensatez, su equilibrio, su entera disposición a complacerla, tal como había creído que lo habían sido el uno para el otro. La esposa estaba, como su propio padre y la abuela, absolutamente de más.

Una escena inédita representó un punto de inflexión importante: el llanto de su madre frente a un grave accidente automovilístico del padre que le dejó importantes secuelas.

Él, que nunca había podido admitir la implicación de la madre con relación al padre, dedicó muchas sesiones a este *insight*, así como a reconocer algo obvio pero hasta allí negado: el padre había mantenido a los abuelos maternos, que vivían con ellos; el mítico abuelo se había cruzado de brazos en cuanto la madre se casó.

A partir del trabajo analítico, Luis pudo hacerse cargo del deseo por su mujer y de su paternidad. Ya no era el hijo ficticio que su madre había ofrecido a su propio padre. Era, finalmente, el padre de una hija.

Un hijo para la madre

Aunque en el caso anterior la transmisión imaginaria estuvo en primer plano discursivo desde el comienzo del análisis, en general se necesita tiempo y ocasión para hacerla consciente y puntuar sus efectos sobre la descendencia.

Una madre novel se sentía amenazada por su suegra en su lugar de madre, fantasma persecutorio muy habitual de la madre desplazada en la suegra. La paciente no se permitía estas ideas que se tornaban

obsesivas y atribuía su sensación persecutoria a su carácter posesivo, celoso y controlador en relación a su primer hijo. La analista estaba tentada de ratificarla pero un suceso aclaró de inmediato qué se jugaba en la estructura inconsciente de esta familia.

El niño estaba enfermo y la abuela lo llevó al médico. Cuál no sería la sorpresa de la nuera –y la de la analista– cuando al entregar a la paciente la cartilla con la medicación, vio que la abuela había puesto el primer apellido del niño y como segundo apellido, en lugar del de la madre, el suyo propio. Lapsus que aclaró que para esta abuela ese niño era el hijo imaginario que había tenido con su propio hijo y que otorgaba sentido a los síntomas de la nuera.

Este hijo-padre era el hermano mayor de su propia fratría y el vástago claramente preferido de su propia madre. Un padre poderoso social y económicamente, siempre lejos de la casa y con varias supuestas amantes, había favorecido el fantasma de que el hijo era, en realidad, la pareja de la madre y el nieto, en el fantasma, el hijo de ambos, que debía portar, por tanto, ambos apellidos.

La descripción clásica del Complejo de Edipo no alcanza: el deseo no sólo circula del hijo hacia la madre, sino que es recíproco. La demanda de la madre hacia el hijo completa el círculo incestuoso. El hijo se libra de esa demanda gracias a la identificación con el padre. No obstante, aunque esté protegido de ella, la demanda materna no dejará de pesar sobre él en la constitución de la neurosis, cuestión que se hará patente en la nueva paternidad cuando, en lugar de un hijo *con la pareja*, nazca, en el fantasma, un hijo *para la madre*.

La madre de este hombre estaba dispuesta a recoger el fruto, a título de retribución diferida, cuestión que fue percibida, y denunciada, de modo sintomático, por su nuera.

Nuevos destinos de la transmisión filiatoria

El pasaje de la existencia biológica a la vida humana, insistamos, se funda en el orden simbólico. Este orden está marcado por las relaciones de parentesco consideradas, para el psicoanálisis, como fun-

ciones. La materna, ligada especialmente al deseo y la paterna, ligada especialmente a la ley. Sólo así la criatura humana entra en la cultura.

La familia se funda en lo simbólico aunque no se agota en él. En ella crecerá el amor pero también el odio, los celos, toda la trama imaginaria que se teje en los vínculos primarios y que constituirán la biografía inconsciente destinada a repetirse al pasar a la exogamia sea esta hetero u homosexual.

Bajo la égida de lo simbólico yacerá siempre lo real, ese fluir libidinal imposible de captar, resto de lo biológico, pulsionalidad adherida a los objetos que las zonas erógenas van acuñando al campo del Otro.

El acto de nacimiento inaugura este proceso en cada generación. Cada nuevo nacimiento está precedido y envuelto por lo simbólico, pero cada nacimiento es la irrupción de lo real en él. Lo originario no se da a conocer jamás en bruto, concierne a lo prehistórico perdido (lo instintual) y se conecta con lo histórico edificado asegurando así la reproducción del proceso en la cultura.

El primer acto filiatorio es inscribir al niño con su nombre y apellido que de allí en más lo representará a nivel significativo. Marcado dentro de la diferencia de sexos, el niño y la niña quedan así ubicados dentro del linaje.

Puede establecerse por tanto una relación de identidad fundacional entre la emergencia del registro simbólico y la aparición de las estructuras elementales de parentesco.

La constitución del sujeto deberá atravesar luego un momento crucial: la caída del lugar fálico con la madre y el reconocimiento de la castración de ambos que lo llevará a alcanzar su propio lugar deseante y desde allí, volver a transmitir la vida a la próxima generación.

Tener un hijo es de últimas una cuestión de deseo y el deseo de familia persiste en las familias tradicionales que coexisten hoy con las nuevas coyunturas de agrupamiento.

La función simbólica paterna como terceridad que posibilita que el hijo no quede capturado en el deseo materno tiene en todas las modalidades su lugar central. Nombre del padre que más tarde nombrará Lacan como “los nombres del padre” marcando así definitivamente la diferencia entre padre real y simbólico. La función simbólica como

separadora va más allá de su presencia o ausencia. La noción de suplencia cobra así todo su valor que debe ser tenida en cuenta para los nuevos tipos de familia.

La narrativa contemporánea permite que el niño acepte y se reconozca en ellas. Así un niño de 7 años, hijo de una paciente que vive con ella luego del abandono del padre exclama al volver del colegio: “¡Mamá, también nosotros somos una familia, nos llamamos monoparental!”

La familia es el ámbito de la constitución del sujeto, y a pesar de las variaciones de la familia tradicional, lo irreductible de la transmisión sigue ligada a ella otorgándole al niño “*la relación a un deseo que no sea anónimo*”⁴.

Como psicoanalistas es un imperativo ético no quedarnos encerrados en el familiarismo tradicional y no rechazar los paradigmas contemporáneos que comprometen ya a muchos de nuestros pacientes.

La dinámica inconsciente de la transmisión está atravesada por la cuestión del don. Don de dar nombre, amor, ley y narrativa genealógica a la siguiente generación más allá incluso de saber que se da.

Será Lacan quien ubique al don como pura pérdida, como pura negatividad: dar es dar lo que no se tiene en su clásica concepción del amor. Coloca así el don en un carácter de inconmensurable, de imposible de determinar en el campo del saber. Esta cifra de la relación del sujeto al Otro deja a éste como resto de la operación.

Podemos trasladar estos enunciados a la cuestión de la transmisión para decir que el don, si es tal, funciona a pura pérdida. Es algo que el sujeto da sin recibir nada a cambio, sin ninguna reciprocidad posible, y aún, sin conciencia de dar. Aquí se inscribe la cuestión del nombre que inaugura la filiación simbólica.

Lo que no se sabe se da transformándose en acto: el acto de nombrar, cuna de la filiación. Desde el niño, los padres son amados también desde ese agujero de saber que puede producir curiosas maneras de vérselas con esa falta de entendimiento sobre la paternidad.

⁴ Lacan, J.(1955): Dos notas sobre el niño. *Intervenciones y textos 2*. Buenos Aires: Manantial, 1988, p. 56.

Así, un niño de cuatro años interpelaba a su padre cuando lo reñía: ¡si sigues hablándome así, ya no soy más tu hijo!

La lógica de la filiación implica por tanto un punto opaco de ida y vuelta, afecta al donador y al donatario.

El lazo filiatorio se acuña siempre en relación al Otro, y desde allí, cada sujeto podrá encontrar o no su lugar en un permanente trabajo psíquico de desligadura inconsciente que nunca podrá borrar las marcas del origen. Alienación y separación, en términos lacanianos. Se puede quedar alienado en los significantes del Otro, y el trabajo de desidentificación en el análisis marcará entonces la salida de la neurosis pero también se puede enfermar por la forclusión de representaciones cargadas de los padres, y aún, de las generaciones precedentes.

No podemos soslayar la subjetividad de nuestra época en el horizonte de nuestra praxis. Y es justamente allí donde nos encontramos con los primeros signos de estos tiempos modernos que afectan de otro modo a la transmisión entre generaciones. Nuevos destinos de la transmisión y de la filiación. Nuevas angustias, nuevas preguntas.

¿Qué consecuencias sobre el don de la filiación esta suerte de mercantilización de los nacimientos, donde muchas veces se paga por el semen, los óvulos donados o el vientre de alquiler?

Por otra parte nuestra cultura empuja cada vez más a la supuesta e imposible desligadura total, a través de las migraciones salvajes sin duelo, a la separación de las generaciones anteriores, al abandono de la lengua materna, al “hacerse solo” renegando de las marcas.

En esta línea se inscriben las nuevas maternidades solitarias gracias a la inseminación artificial o las nuevas paternidades sin madre gracias a los vientres de alquiler. Aquí el niño no se hace solo sino que al quedar solo bajo la égida de la madre o el padre deja un resto inquietante que debe ser trabajado psíquicamente cuando se transforma en síntoma.

Verdaderas encrucijadas debido a la complejidad de las nuevas situaciones filiatorias frente a las que nos coloca la técnica que no son sin consecuencias. Tampoco lo son los efectos de las nuevas tecnologías al servicio de la reproducción cuando lo renegado hace su aparición como angustia.

Este año me consulta Marta, ginecóloga, desesperada ante lo que considera “una locura de su marido”. La pareja se conoció cuando ella rayaba los 45 años, los intentos de embarazarse de manera natural resultaron infructuosos. Entonces recurrieron a óvulos de otra mujer anónima para lograr los embarazos con el esperma del marido. Nunca volvieron a hablar sobre el asunto. Fueron tres, uno por año. David, Juan y Mateo así lo atestiguan. La vida familiar se complica: demasiado trabajo dentro y fuera de casa, disputas, conflictos. Hasta aquí los problemas habituales de tres crianzas tan seguidas. La pareja se distancia cada vez más hasta que Leo plantea la separación. Pero para sorpresa y horror de la madre le dice: “Por supuesto me llevo a los niños, son míos no tuyos”. En ese punto consulta Marta. Durante las entrevistas surge la pregunta que la atenaza y no le permite tomar medidas legales: ¿No tiene razón? ¿Acaso no son de él solo? El trabajo psíquico sobre su maternidad simbólica permitió bajar su angustia y comenzar su análisis.

La familia es el lugar de sustitución de lo biológico por lo simbólico al definir los significantes madre y padre como funciones, más allá de quien los ocupe.

Sí no nos desviamos de esta concepción psicoanalítica de la transmisión no nos veremos atraídos como esta paciente y su marido a jugarlos por el discurso biológico, basado en la supuesta transmisión real.

La pretensión de la técnica de considerar la reproducción como real, más allá de la filiación simbólica, precipitó este fantasma del padre que antes - con la procreación sexual – hubiera tomado la clásica forma de la pelea de ambos por la custodia.

La simbolización de la maternidad presentó problemas en todas las épocas. Sólo recordar las depresiones posparto donde el tiempo resuelve la cuestión o el parto como desencadenante de las psicosis en mujeres y hombres que no pueden alcanzar la simbolización del nuevo lugar.

Estos nuevos modos de transmisión se emparentan con la adopción. Y sabemos que los padres tienen que hacer un trabajo psíquico de “adopción” aunque se trate de sus propios hijos. Los momentos de despersonalización posparto de las mujeres, la difícil tarea psíquica

de aceptar al hijo como tal aunque se aleje de los ideales de los padres así lo confirma.

Las nuevas tecnologías disparan nuevos fantasmas sobre la maternidad y la paternidad que pueden mantenerse mudas, explosionar dentro del vínculo de la pareja o trasladarse fantasmática y sintomáticamente a los hijos cuando se trata de la reproducción asistida.

Se trata entonces, en estos casos, del estallido de la reproducción sexuada tradicional y de los efectos de esta disociación entre procreación biológica y procreación simbólica lo que los psicoanalistas no podemos pasar por alto si no queremos que los cambios nos pasen por alto... a nosotros.

Escuchemos entonces en nuestros analizantes los efectos de estas nuevas articulaciones de la procreación y reintroduzcamos la dimensión simbólica cuando esté aplastada, como en este caso, por lo imaginario.

Bibliografía

- Aulagnier, P (1984): *La pulsión de muerte*. Amorrortu. 1989.
- Derrida, Roudinesco (2001): *Y mañana qué*. Fondo de Cultura Económica. México. 2003.
- Enriquez, M: (1988): *Incidencia del delirio parental sobre la memoria de los descendientes*. *Transmisión de la vida psíquica entre generaciones*. Amorrortu. Buenos Aires. 2006.
- (1986): *El delirio de herencia*. *Transmisión de la vida psíquica entre generaciones*. Amorrortu. Buenos Aires. 2006.
- Freud, S: Obras completas. Buenos Aires. Amorrortu. 1992.
- (1913) *Tótem y tabú*. Vol. XIII.
- (1914) *Introducción al narcisismo*. Vol. XV.
- (1939) *Moisés y la religión monoteísta*. Vol. XXIII.
- Lacan, J: (1953): El mito individual del neurótico, en *Intervenciones y Textos*. 2. Bs. As. Manantial. 1988.
- (1953): Dos notas sobre el niño. *Intervenciones y textos*. 2. Buenos Aires, Manantial, 1988.
- Legendre, P: *El inestimable objeto de la transmisión*. Siglo XXI editores. Mexico. 1996.
- Mauss, M: Ensayo sobre los dones, en *Sociología y antropología*. Editorial Tecnos. Madrid. 1991.
- Roudinesco, E: *La familia en desorden*. Fondo de Cultura Económica. Argentina.
- Wechsler, E: *Arrebatos femeninos, obsesiones femeninas*. *Clínica psicoanalítica hoy*. Letra Viva. 2008.